

LOS SABIOS DE ATENAS

Los tres hombres se encuentran en la escalinata del Partenón. Observan admirados el fantástico resultado final, la decoración minuciosa y la armonía del conjunto. Tienen el privilegio de ser los primeros seres humanos en verlo terminado de nuevo.

— Sin duda, Fidias, has hecho un trabajo excelente.

El hombre que ha hablado es Pericles, el llamado primer ciudadano de Atenas. Y en sus ojos se aprecia un sincero afecto por su amigo Fidias, escultor del Partenón. El tercero de ellos es Heródoto, y también deja traslucir admiración por el impresionante monumento. A él, como amante de la Historia, le interesan especialmente las metopas que adornan el edificio, algunas de las cuales recrean acontecimientos más o menos reales, leyendas que narran el origen de los pueblos griegos. Y así lo comenta:

— Tu estatua de Atenea es impresionante, la verdad, amigo Fidias. No se puede negar que en el futuro las generaciones venideras hablarán de ella como de tu gran obra. Pero creo que, sin duda, lo más interesante de este templo son aquellas obras que cuentan historias —dice señalando a lo alto—. Esas serán las que hablen a nuestros hijos de la grandeza de Atenas.

— Creo que estoy de acuerdo —sentencia Pericles.

— Me halagan vuestros elogios, pero creo que son más fruto de vuestros propios intereses. Heródoto, tú como narrador de historias, defiendes que eso será lo que aprendan las generaciones futuras. Y a ti, Pericles, en tu vanidad, te gustaría pensar que esas mismas generaciones hablarán de ti y de tus logros. Por eso os interesan más esas esculturas que la de la diosa Atenea.

Hérodoto y Pericles no contestan de forma inmediata. Se miran mutuamente como dejando hablar al otro en primer lugar, pero en realidad están tratando de ganar tiempo. Tal vez Fidias tenga algo de razón, pero ninguno de los dos lo admitirá sin tratar de rebatirlo. Al final, será el estadista el que tome la palabra:

— Creo, amigo mío, que en tus palabras se haya también la razón de tus preferencias. Tu dedicación a la escultura podría interpretarse como un ansia de pasar a la posteridad. Es precisamente esa necesidad de ser recordado lo que te impulsa a intentar crear la obra de arte más colosal de nuestra cultura.

— ¡No podría haberlo dicho mejor! —se ríe Heródoto—. Reconoce, Fidias, que todos tenemos interés en que nuestro paso por el mundo sea recordado.

Fidias baja la cabeza. Quizá también se ruboriza. Gira sobre sus talones y, bajando las escaleras, se aleja de sus amigos, buscando una respuesta apropiada a lo que sin duda es una gran verdad. Al fin encuentra las palabras:

— No negaré que, como vosotros, disfruto tanto con el reconocimiento presente como del futuro. Aunque, llegados a este punto, os diré que sin duda en este aspecto estoy en mejor disposición que vosotros. Es obvio que mi obra pervivirá por más tiempo, y, por tanto, mi nombre será recordado cuando el vuestro no sea más que un vago recuerdo en la memoria del pueblo griego.

— ¡Lo sabía! —exclama Pericles—. Sabía que la necesidad de ser eterno también te afectaba. Lo que no sabía es que fueras tan ingenuo, Fidias.

— ¿Ingenuo? ¿Por qué lo dices? —pregunta el escultor.

— No puede ser cierto que en verdad pienses que tu nombre permanecerá en la memoria del pueblo griego por más tiempo que el mío. ¡Por la mismísima Atenea, a la que tanto admirás! En verdad puede sonar vanidoso, pero es obvio que los logros alcanzados por Atenas en este siglo o las victorias frente a los espartanos

serán recordadas aun cuando no quede de este Partenón piedra sobre piedra, o incluso cuando la Acrópolis entera haya desaparecido de la faz de la tierra.

— ¡Ni lo sueñes, Pericles! La piedra es mucho más resistente que la memoria del pueblo. ¿Qué recuerdan los egipcios de sus antiguos faraones? Ni los nombres. Pero ahí están sus famosas pirámides, haciendo frente al tiempo, prácticamente intactas.

Heródoto, que ha permanecido atento a la conversación, pero sin intervenir, cree que ha llegado el momento de hacerlo. Pero no para dar la razón a ninguno de ellos, sino para exponer su punto de vista:

— Ambos estáis errados.

Pericles y Fidias callan de inmediato y vuelven sus rostros hacia el historiador, que sonríe con aire de triunfo y que los observa, aunque él ya ha llegado al final de la escalinata, como si estuviera por encima de ellos. Después de su interrupción, se gira de nuevo sobre sus pasos y sigue caminando. Los otros dos se apresuran a terminar de bajar todo lo rápido que les permiten sus túnicas y sus años y alcanzan a la vez a Heródoto.

— ¿Quéquieres decir?

— ¿Quién crees tú que será más recordado?

El aludido continúa caminando, continúa sonriendo y continúa sin contestar. Disfruta de su momento de gloria y de la pequeña angustia que está sufriendo el orgullo de sus amigos. Unos pasos más adelante, y sin parar de caminar, comienza a explicar su punto de vista:

— Amigos míos, ambos estáis errados porque los dos olvidáis qué es lo que de verdad recuerda el pueblo. Es cierto que, como dice Fidias, en ocasiones los edificios perduran más que la memoria de nuestros héroes, pero —levanta la mano interrumpiendo el gesto de triunfo del escultor, —pero, también lo es, como defiende Pericles, que en otras ocasiones recordamos acontecimientos de pueblos de los que no nos han llegado restos materiales.

Ahora es Pericles el que parece más satisfecho con la explicación, pero tanto él como Fidias se muestran intrigados:

— Entonces, ¿quién de nosotros será más recordado, según tu opinión como estudiante de la Historia?

La respuesta deja a ambos igual de sorprendidos.

— Yo, naturalmente.

— ¿Cómo? ¿Tú? Explícate.

— Es sencillo. En los tiempos que están por venir tendrá una importancia vital esta labor a la que dedico mis días. Ni los héroes más destacados ni los monumentos más excelsos serán recordados si no guardamos memoria de ellos. Y ahí, queridos amigos, es donde la labor de un historiador resulta fundamental.

El silencio de Fidias y Pericles es intenso, pero breve. En apenas unos instantes ambos responden a la vez repitiendo de nuevo sus propios argumentos para rebatir a Heródoto. Pronto la discusión resulta poco productiva, con los tres hombres hablando a la vez y perdiendo incluso la compostura.

De esta forma, los tres han llegado hasta el foro. Allí la actividad es ya muy escasa, pues la tarde ha avanzado rápidamente y la luz empieza a escasear. Cuando se dan cuenta de ello, callan a la vez y miran alrededor, sorprendidos de lo

mucho que han avanzado sus pasos y de lo que poco que han avanzado sus posiciones intelectuales.

— No queréis darme la razón, pero los dos sabéis que la tengo —sentencia Pericles, sin duda el más acostumbrado a decir la última palabra.

— Esta vez no se trata de un debate en la Asamblea, creo que no será tan fácil que lleguemos a un acuerdo —protesta Fidias.

Heródoto no contesta. Mira a las pocas personas que aún caminan por las calles como buscando a alguien, y al fin se dirige a sus amigos con una idea:

— Os propongo algo. Ya que es evidente que los tres tenemos una visión sesgada de la realidad, influida por nuestros propios intereses, encontraremos a alguien que haga de juez imparcial y que nos dé la solución a nuestro debate.

— ¿Y a quién escogeremos de entre toda esta colección de ignorantes? — pregunta Pericles con aire de superioridad—. ¿A un tendero, a un carretero?

Fidias se suma a las burlas:

— ¿O a un esclavo? ¿O incluso a aquella mujer que se aleja?

Heródoto ignora sus chanzas y contesta muy serio:

— A ninguno de ellos. He pensado en aquel viejo ciego que pide limosna. Nada podría ser más adecuado para ejercer la justicia. Y además, no me digáis que no parece el mismísimo Homero.

Sus dos amigos cesan sus comentarios y se miran con extrañeza, pero, poco a poco, van mostrando su aprobación.

— Sea. Pero no le digamos quiénes somos —propone Fidias.

Los tres se dirigen al ciego. Heródoto se agacha para hablar con él mientras desliza una moneda en su plato. El hombre levanta su mirada vacía hacia ellos y da las gracias con un gesto apenas perceptible. Heródoto le explica la situación y el viejo sonríe sin dientes. Después de meditar un rato, responde:

— Creo que tengo la solución, pero me temo que no va a gustar a ninguno. Es cierto que en ocasiones recordamos los nombres de los que nos gobiernan, pero también lo es que las obras de los hombres pueden durar más que su memoria. Y también lo es que en estos tiempos parece que la labor de los que escriben sobre ambos tendrá cada vez mayor importancia. Pero —añade tras una pequeña pausa—esta época que vivimos no será recordada por estos logros.

— ¿Y por qué será recordada? —pregunta Pericles.

— Sin duda —contesta el anciano, muy seguro de lo que dice —por nuestra forma de gobierno. La democracia es nuestro gran legado.

Los tres hombres asienten. Este viejo les ha dado una respuesta que no esperaban, aunque no pueden negar que tiene razón. Pero más sorprendidos los dejará aun su siguiente respuesta, cuando insisten de nuevo:

— Pero, entonces, ¿a quién se recordará más?

El ciego levanta otra vez la cabeza, clava sus ojos sin vida en los de los tres hombres que lo observan expectantes y añade con voz profunda:

— A mí, por supuesto, que soy el pueblo. En eso consiste la democracia.